

Hablar y escribir

(1956)

Por Mariano Picón Salas

En tres artículos excelentes de *El Nacional*, con suma agudeza filológica criterio histórico (cualidades de quien estudia en serio las lenguas), Ángel Rosenblat ha deshecho una de las más viejas y prolongadas carcomas del intelecto venezolano: el falso purismo académico, que con frecuencia se torna en fobia contra todo pensamiento nuevo y toda expresión literaria que rebase los límites de lo usual y mediocre. Se fundamenta semejante purismo en la consideración de que los escritores son sólo los herederos de un idioma ya hecho, en que en toda invención estilística tiene que ceñirse a reglas y palabras inmutables de los más rancios diccionarios y a la voluntad caprichosa de los dómines que con sus “tabús” y pequeñas reglas pretenden alzarse “con la monarquía de la Gramática”. De obedecer a los puristas y si no fuese por el impulso histórico que cambia los idiomas y aporta —según la época— palabras nuevas para nuevos usos y cosas, y por la fuerza creadora del escritor que tiene que encajar, de alguna manera, en las palabras, sus vivencias, el Castellano se habría congelado en los siglos XIII y XVI en los días de Alfonso el Sabio o, cuando más, del Arcipreste. En poesía no habríamos llegado más allá de Juan de Mena o Cristóbal de Castillejo. Porque lo que ahora llamamos tan clásico como los endecasílabos de Garcilaso, los sonetos de Lope o los coloreados epítetos de Góngora, hubieran sido considerados “italianismos” o “latinismos” por algún carcomido y reaccionario purista del siglo XVI. Y a pesar de que hayan empleado “neologismos” y aun inventado palabras cuando las requerían, escritores contemporáneos como Unamuno y Ortega y Gasset son ya autoridades en materia de lengua, nuevos clásicos de nuestra Literatura en la misma medida en que lo son Quevedo, Cervantes o Fray Luis de León. Para nuevos conceptos filosóficos, un Ortega y Gasset necesitaba troquelar palabras con el mismo derecho y responsabilidad con que en el siglo XVI Santa Teresa enriquecía el vocabulario místico y religioso con formas de expresión antes no usadas en Español. Muchos adjetivos que hoy nos parecen extremadamente castizos, se consideraban exóticos, “italianizados” o “latinizados”, cuando Góngora los usó a comienzos del siglo XVII.

Los eventuales puristas venezolanos no saben esto, y de cuando en cuando salen zumbando como abejorros para estorbar el naturalísimo proceso de transformación de nuestra cultura. Recuerdo la impresión que ya me causaron de muchacho los excesos y estupidez de irnos de esos “gramatiqueros” criollos que se entretenía en inventarle “gazapos” a un admirable poema de Leopoldo Lugones, y aun llegaba a negar el derecho del poeta para inventar sus metáforas. No existiría poesía auténtica ni buena prosa, si siempre estuviéramos pendientes de tan refrigeradas admoniciones. Ya lo dijo, con su sabiduría habitual don Andrés Bello, hace más de cien años, en su admirable crítica contra los preceptos retóricos y gramaticales de don José Mamerto Gómez Hermosilla. ¿No declaró locos uno de estos puristas provinciales de Venezuela a casi todos los poetas

importantes de Hispanoamérica, a partir de Rubén Darío? Como los versos modernos no le sonaban como los de las serenatas de su juventud, bajo la luna de la provincia, era necesario excomulgarlos.

La manía purista y la ingenua cacería de “gazapos” nada tiene que ver con la propiedad y justeza con que se maneje la lengua y el respeto al orden sintáctico. Aunque cabe pensar que la estructura de la Sintaxis es la misma entre autores tan alejados por los siglos como Azorín y Santa Teresa, y hay un ritmo interno de la lengua en que influye, forzosamente, la manera de ver y sentir de cada época. Lo mismo que la Plástica y la Música, la Literatura de un idioma —que es su suprema expresión— se desarrolla en historia de estilos. A menos que sea irremediamente malo, ningún escritor contemporáneo —que lo sea de veras— escribiría hoy con párrafos castelarianos, aunque Castelar haya sido un valiosísimo escritor del siglo XIX. Nos parecen pasados de moda los “discursos de orden” poblados de trémolos y frenesí retórico, muy escaso contenido y abrumadora fraseología en que se entretenían nuestros abuelos, y que aún nos sirven en malas “veladas literarias” de Venezuela. Pero hay, en todo caso, una profunda diferencia entre la lengua viva y armoniosamente enlazada en una gran obra artística, y el idioma atomizado, comprimido en reglas, significado literal y rastrero sentido común, que es el de los malos preceptistas. Hay que hablar de malos, porque los que eran filólogos y gramáticos auténticos, como Bello, comprendían bien que el lenguaje —como cualquiera otra forma social— es un producto histórico, continuamente configurado por el ceso creador de las generaciones. No pudiéramos pensar con ideas de hoy si nos atuviésemos tan sólo a las palabras limitadas en un diccionario de hace cincuenta años. Con mucha frecuencia, la Filosofía, las Ciencias, las técnicas de nuestra edad, marchan a paso más veloz que la venerable Academia Española.

Si a causa de la inmigración que ahora desemboca en Venezuela o el mal adiestramiento humanístico de muchas gentes que escriben incorrectamente en los periódicos, notamos que el buen uso de la Lengua peligra entre nosotros, el remedio no consiste en ofrecer pasajeras listas de nuestros “tabús” gramaticales, sino ir al fondo del problema, que es el de la cabal enseñanza del Castellano. Una preocupación de detener *a priori* la lengua en cánones inflexibles; una enseñanza demasiado abstracta y tediosa de la Gramática, olvidó lo que en nuestra pedagogía escolar lo que parece previo, como es el valor de la lectura de los grandes autores y los abundantes ejercicios de composición. Entre los pueblos modernos, Francia se ha distinguido ejemplarmente en el empleo de su idioma (se dicho que allí hasta las porteras escriben con la claridad y agudeza de Anatole France) porque en la enseñanza francesa tiene importancia primordial el análisis directo de las obras literarias, la explicación de textos y redacción de temas. Son Montaigne, Racine y Voltaire quienes enseñan a escribir a los franceses, y la Gramática sólo generaliza lo que se gustó en tan excelsos autores. En los colegios venezolanos no lee casi el estudiante las obras maestras de nuestro idioma; se acabó aquella “lectura en alta voz” que, por lo menos, a las gentes de las generaciones pasadas nos enseñaba a señalar las pausas, apreciar el ritmo del discurso y buscar su encadenamiento lógico. A la lectura por gusto —para sentir qué es una buena prosa, qué rica vivencia interior nos transmite un poema— se le sustituye por una muda lectura de simple información. Conozco alumnos que leen los más bellos romances o el Cántico Espiritual de San Juan de la Cruz, con la misma abulia estética con que leerían la

más chata prosa de las *Selecciones del Reader's Digest*. Que el estudiante lleve datos a la clase, datos sueltos —y, a veces, de escasísimo valor formativo— es lo que suele preferirse. En la Literatura misma se reemplaza el deleite y obligación de leer directamente las obras —de gustar *El Lazarillo*, *El Quijote*, los versos de Lope o de Garcilaso— por la biografía de los autores o por disertaciones demasiado generales sobre géneros literarios. Jóvenes pedantes pueden discurrir así sobre la epopeya, la égloga renacentista, la pastoral o la novela caballeresca, sin conocer una línea de los respectivos autores. Formación mental, honestidad en la documentación, sensibilidad para gustar las grandes obras, más que sueltas y atiborradas noticias que pueden encontrarse en cualquier Diccionario, es lo que requieren nuestros métodos de enseñanza.

Para el desenvolvimiento progresivo de nuestra Cultura, conviene que los venezolanos hablen y escriban con propiedad. Que si no tienen instinto estético, manejen siquiera con lógica y orden mental, su rico idioma. Que tengan conciencia lingüística bastante despierta para salvarla del alud de barbarismos que ahora parece inundarnos. Pero este problema no se ordena con las rancias prohibiciones puristas de quienes quieren convertir el idioma en asunto de policía o petrificarlo en las formas más arcaicas. Como en el excelente bachillerato francés, cuyo íntegro valor humano vinieron a descubrir, tardía pero gozosamente, en 1946, los profesores de Harvard, la cuestión estriba en leer amorosamente los grandes libros; enriquecer nuestro espíritu con su lección de belleza; saber decir con precisión lo que queremos. Quizá lo que se ha llamado “purismo lingüístico” pretende estancarnos en la rutina. La propiedad con que ordenemos nuestro pensamiento alude, más bien, a la continua fuerza creadora, a las nuevas adquisiciones de cultura que se plasman en el lenguaje.

Mariano Picón Salas. *Viejos y nuevos mundos*, Selec. y pról. de Guillermo Sucre. Caracas, Biblioteca Ayacucho, tomo 101, pp. 514-517.

<http://gregoryzambrano.wordpress.com/mariano-picon-salas-vida-y-obra/>